
THOMAS CHASTAIN
ESCAPADA NOCTURNA



E T I Q U E T A



N E G R A

Una niña de 9 años está perdida en Central Park, Nueva York. Perdida en una pesadilla de ladrones, chulos, bandas juveniles, drogadictos, prostitutas, enfermos mentales, desviados sexuales... Cuando la policía fracasa, su madre sólo encuentra un camino: introducirse en el infierno.

* * *

“Terror, agónicamente convincente. ¡Vaya libro!”

Publishers Weekly

* * *

“Sin sensiblería, Chastain demuestra el poder del amor maternal en un descenso a los infiernos.”

Polar

NOTA

Surgido de las filas de la literatura policiaca tradicional, Chastain, un ex periodista neoyorquino, ha ido evolucionando hacia una literatura urbana en la que se vuelve memorable su gran habilidad para construir climas de suspense.

Conocido por los lectores españoles por su colaboración con Adler en el libro-juego de enigma ¿Quién mató a los Robins?, Chastain es un autor popular en los Estados Unidos con una larga obra publicada en su haber. Destacan dentro de ésta Alto voltaje y Nightscape publicada en 1982, que tras su éxito en los Estados Unidos recibió una excelente crítica en Francia, donde la revista Polar le dio cuatro ases, el máximo reconocimiento que otorga a una novela.

PIT II

PROLOGO

El grupo se apiña en la oscuridad de esta calurosa noche sin viento del cuatro de Julio.

Muy cerca, la llama de una cerilla resplandece en la oscuridad, revelando una fea cara de mujer castigada por los años: madre, maestra, o tal vez bruja; cara que, como de no haber dormido bien, aparece desencajada y asustada tras la vacilante luz de la cerilla.

Uno de los que observan en la oscuridad emite un suave gemido.

La vieja mujer lo oye; enciende otra cerilla y mira hacia la oscuridad: no puede ver nada. Piensa que, una vez más, el sonido sólo está en su cabeza. Aún tiene la cerilla encendida en una mano; con la otra se lleva una botella a los labios y bebe.

Surge otro sonido de gemido en la oscuridad. El miedo es contagioso, se propaga entre los que observan en la oscuridad. La anciana ha oído los sonidos; cuando la llama de la cerilla se apaga, también ella siente miedo.

Enciende una tercera cerilla, la mueve de uno a otro lado en el aire en calma y la luz de la llama se refleja en el círculo de ojos relucientes que la rodean.

La anciana se tambaleó hacia atrás llena de terror, cayéndose. El líquido de la botella se vierte sobre sus ropas impregnando el andrajoso vestido. Todavía conserva la cerilla encendida en la mano. Intenta gritar, pero el grito se ahoga en la garganta.

Y entonces se abalanzan sobre ella, en un acto instintivo; el miedo de la mujer les infunde valor. La cerilla se apa-

ga; la anciana no puede distinguirlos, pero sabe quiénes son. Siempre ha sabido, incluso en su embriaguez, que la estaban acechando, dormida y despierta y que algún día llegaría este momento; las eternas Furias: Dolores, Enfermedad, Edad, Miedo, Hambre, Fatiga, Pobreza y... Muerte.

Se enciende otra cerilla, pero en esta ocasión no es la mujer, sino uno de ellos quien lo hace. La anciana yace en el suelo, los ojos cerrados, el corazón palpitando.

Ellos observan como las cerillas encendidas describen un arco de fuego en la oscuridad y se posan, con firmeza, en las ropas impregnadas en alcohol de la mujer. Se abren en círculo mientras surgen las llamas que envuelven el cuerpo. Después se precipitan por la explanada hacia los árboles.

Cuando se paran para mirar hacia atrás, las llamas chisporrotean cercanas ya a extinguirse, igual que los fuegos artificiales que habían visto poco antes, pocas horas antes, en el río Hudson, dejando la noche más oscura aún que antes.

La anciana ya está olvidada; una noticia en la televisión, una reseña en la prensa...

Dan la vuelta y se dirigen presurosos, en dirección norte, los más pequeños rezagándose.

Al día siguiente el New York Daily News publica una pequeña reseña en una página interior:

UNA MENDIGA MUERE QUEMADA EN CENTRAL PARK

La policía informa que anoche descubrieron el cuerpo de una de las mujeres vagabundas de la ciudad, consumido por las llamas en una zona desolada de Central Park. Se desconoce la identidad de la víctima, que se supone tendría unos sesenta años. La policía dice que no existen indicios de lucha y se especula con la posibilidad de

que la mujer se prendiera fuego accidentalmente a sí misma tras deambular por el parque con una botella de brandy...

UNO

Lilia Beddoes estaba de pie junto a la ventana de su oficina, treinta y cinco pisos por encima de la Quinta Avenida y de la calle 56, mirando el oscuro cielo hacia el Este, Norte y Oeste a través de la elevada y semicircular Manhattan.

La hora oficial para la puesta del sol, de acuerdo con el Servicio Nacional de Meteorología, debería haber sido las 8:21 pero este sofocante día de julio había estado nublado desde el amanecer y ahora, a pocos minutos de las seis, afuera estaba oscuro como si se aproximara una tormenta. Los relámpagos fustigaban el cielo en el horizonte hacia el Oeste, a lo largo de las Palisades de New Jersey.

La figura de Lilia, *impresa* sobre el cristal de la ventana tan delicadamente como una transparencia fotográfica, era la de una esbelta morena con una cara lo suficientemente encantadora para no pasar desapercibida. Ya estaba al final de los veinte y podía haber posado como modelo en sus propios anuncios o para los spots televisivos de cosmética Henri Paul, en vaqueros o con un visón, con un traje de colección o con una túnica importada de París.

Parte de este aspecto le había llegado de un modo natural, su cara y figura, su trabajo con Henri Paul como vicepresidente y directora de publicidad y promoción. El resto de la presencia que ella reflejaba era por diseño, las ropas, cosméticos y el estilo de vida que había aprendido a elegir para sí misma.

Desde la ventana podía ver la *U* invertida de las luces de la ciudad perfilando los contornos de Central Park. Las luces venían de los edificios construidos en la Quinta Aveni-

da hacia el Este del Parque, dando la vuelta alrededor en forma de U a lo largo de las Avenidas Lenox y St. Nicolás en Harlem, siguiendo hacia el Norte y volviendo hacia abajo por el Oeste de Central Park terminando en Columbus Circle. En algún lugar entre esas luces —por los números setenta de la Quinta Avenida— estaba el edificio de su propio apartamento, pero en la oscuridad no podía distinguirlo entre todos los demás.

El parque en sí mismo era un gigantesco agujero negro en el centro de la ciudad, excepto por las dispersadas luces, aquí y allá, del restaurante La Taberna Campestre, de la concha donde tocaba la banda en el paseo, de la puerta del teatro Delacorte y de las farolas instaladas a intervalos a lo largo de las calles transversales que entrecruzaban el parque. Las luces empañaban la niebla que se alzaba quieta y también las aguas del parque: El estanque del pato, el lago, el depósito del agua, la piscina y la llamada “espuma de Harlem”.

El teléfono sonó encima del escritorio y Lilia giró desde la ventana cruzando la habitación. Su secretaria, que había contestado en la oficina exterior, a través del interfono dijo:

—Lilia, tiene usted una llamada telefónica de Jonathan Beddoes.

Lilia vaciló un momento antes de contestar. Jonathan era Jonathan Edmund Beddoes III, su ex marido.

—De acuerdo —dijo a su secretaria—, atenderé la llamada.

Descolgó el auricular y dijo:

—¿Sí, Jonathan?

—¡Eh! ¿Qué tal si tomas una copa conmigo? —preguntó él.

—¿Ahora?

—Ahora, dentro de media hora. Iré al Plaza y te esperaré allí.

—No puedo, Jonathan. Lo siento.

—Sólo una. Treinta, veinte minutos, es todo lo que nos llevaría.

—No puedo —repitió ella— esta noche, no. De verdad. Estoy esperando por Henri Paul para ver unos nuevos anuncios. Más tarde tengo un compromiso y voy a estar demasiado ocupada.

—Pensé que sería muy agradable tomar una copa rápida contigo —le dijo.

Como ella permanecía en silencio, añadió:

—Quería hablar contigo de Jennifer.

—¿Qué pasa con Jennifer?

—Es que quería saber si crees que ella se enfadaría si no la sacara este fin de semana.

Bastardo, —pensó—, pero cuidó que su tono de voz fuera neutral cuando contestó:

—¿Por qué no se lo preguntas tú mismo?

—Pensaba que tú podrías prepararme el terreno.

—No —dijo rápidamente, cortándole—. Si quieres cancelar la cita, díselo tú.

—El caso es que Lady Bishop me ha pedido que forme equipo este fin de semana. Si llevo a Jennifer conmigo a Newport, no estaría a gusto entre mi gente durante todo el día.

Él se calló. Lilia colocó el teléfono entre su oreja y el hombro, rebuscó en su escritorio, cogió un cigarrillo y el encendedor y exhaló el humo dejando *distenderse el silencio*.

—Lilia, ¿estás ahí?

—Sí.

—Bien, ¿qué piensas? ¿Crees que lo entenderá?

Lilia cogió el auricular con su mano otra vez y dijo:

—Ya te dije, Jonathan, que creo que deberías hablar con ella.

Antes de que él pudiera decir nada más, Lilia vio que se encendía la luz de los botones de la extensión de su teléfono y entonces su ínter fono sonó.

—Espera un momento Jonathan, tengo otra llamada. —
Lo dejó esperando y habló por el interfono.

—¿Sí, Diana?

—Acaba de llamar Mimi Hansford. Parece que la reunión del Sr. Paul se prolongará una hora más, él quería que usted lo supiera. Se encontrará con usted mañana a las diez para ver la nueva publicidad. ¿Puedo decirle a Mimi que está de acuerdo?

—Sí, está bien. Diana...

—¿Sí?

—Después de que llames a Mimi, puedes marchar. Yo me encargo de cerrar.

—Gracias Lilia —dijo Diana por el interfono—. ¡Oh! y escuche, páselo bien en la fiesta esta noche.

—Te lo contaré todo mañana. —Lilia aplastó su cigarrillo en el cenicero antes de coger el teléfono y presionó el botón encendido—. Siento haberte hecho esperar, Jonathan. Ahora debo marchar.

—Entonces, ¿no hablarás a Jennifer por mí?

—¡Jonathan!

—De acuerdo, de acuerdo. Lo haré yo mismo. La telefonaré ahora, acabaré con ello de una vez. Hablaré contigo mañana.

—De acuerdo —dijo Lilia—. Sí, sí.

—Chao.

Lilia colgó el teléfono y meneó la cabeza. Jonathan, el eterno hombre-niño.

Abandonó el escritorio y dio vueltas por la oficina mirando los anuncios que había preparado en caballetes para la inspección de Henri Paul. Estaba encantada con ellos. Joe Allinnatto, el director de arte, había hecho un buen trabajo. Había utilizado fotografía de suaves focos y sutiles colores lila para crear el efecto de las pinturas impresionistas francesas que Lilia quería que tuvieran los anuncios. Pensaba que a Henri Paul le gustarían tanto como a ella.

Despejó su escritorio y bajó en el ascensor hasta el vestíbulo.

Cuando salió del edificio hacia la Quinta Avenida, el aire caliente se hacía sofocante después del frescor del aire acondicionado de su oficina. Había relámpagos y reverberantes sonidos de truenos. La tormenta estaba cerca.

La escena era la típica de cualquier día de semana, al anochecer, en el centro de Manhattan. Las calles aún estaban rebosantes de gente. El ambiente era ruidoso y mal oliente. La gente se apresuraba a guarecerse antes de que cayera la tormenta.

El tráfico avanzaba lentamente hacia el Sur por la Quinta Avenida, los claxons sonaban. Mezclados entre los coches particulares, muchos de los cuales eran limousines conducidos por chóferes, los autobuses y los taxis —la mayoría de ellos con el letrero de FUERA DE SERVICIO—, había algunos atrevidos ciclistas. También pasaba uno de los carruajes tirados por caballos de los que llevan a los turistas a dar un paseo por Central Park.

Las aceras estaban desbordadas por un río de transeúntes con una gran variedad de vestidos y prendas veraniegas. Hombres con ajados trajes de pana, chaquetas de lino, sin chaquetas, amplios pantalones de punto, pantalones cortos, camisas deportivas y camisetas; las mujeres con amplios jerséis como vestidos, faldas de tubo, blusas campesinas, pantalones cortos, anchos y altos zuecos. Había hombres y mujeres que vestían indistintamente vaqueros, llevaban peinados afro, gafas de sol y bolsos en bandolera.

Comenzaron a caer enormes gotas, chapoteando en la acera. Lilia caminaba rápidamente a través de la Quinta Avenida hacia la entrada del hotel St. Regis, donde pensaba que tendría la mejor oportunidad para conseguir un taxi. Tuvo que esperar un buen rato antes de que el portero del St. Regis le encontrara uno.

Había un corto recorrido hasta su apartamento, pero cuando llegó allí su vestido negro y blanco de Dorothee

Bis, se adhería a su cuerpo de una manera desagradable. La lluvia caía copiosamente cuando corrió desde el taxi a la bóveda del edificio de su apartamento.

Vivía en uno de los edificios más modernos de la Quinta Avenida. Tenía una altura de dieciséis pisos y su apartamento —que había comprado tres años antes—, estaba en el cuarto piso dando hacia Central Park.

La señora Hensen, su ama de llaves, la encontró en la puerta de la vivienda. Una vez más, como en su oficina, el aire era frío y olía bien.

Lilia había decorado el apartamento en una combinación de periodos, estilos e influencias. Para ella el asunto consistía en un elegante confort y una compatibilidad de objetos, aunque sabía que algunos de los más modernos y mejores decoradores llamaban a este estilo, el estilo americano. Mezclados con los modernos sofás y sillas —arreglados en grupos— había un escritorio de madera noble con silla, y un comedor de madera francés. A las pocas posesiones que había retenido de su matrimonio, la cristalería de Waterford, los vasos de Steuben y un boceto de Matisse firmado, había añadido varias piezas de porcelana Real de Copenhague y una acuarela original que había sido la portada original de "The New Yorker".

He preparado para usted una apetitosa carne picada con tomate y ensalada de pollo —dijo la señora Hensen—. Están en la nevera...

—Eso suena bien —dijo Lilia—. ¿Dónde está Jennifer?

—Está en su habitación. —El ama de llaves comenzó a decir alguna otra cosa pero vaciló.

Lilia desabrochó el cuello de su vestido y preguntó:

—¿Está bien?

La señora Hensen negó con la cabeza.

—Recibió una llamada telefónica de su padre hace un momento. Después de eso se fue a su habitación. Dijo que quería leer.

El ama de llaves era una mujer regordeta de unos sesenta años. Tenía el pelo blanco recogido en un moño y una cara de piel blanca arrugada por los años. Su uniforme siempre estaba fresco y sin manchas. Frecuentemente actuaba como si fuera la única persona adulta de la casa y como si Lilia fuera tan niña como Jennifer. Lilia trataba de ignorar los muchas veces imperiosos instintos maternos de su ama de llaves, incluso la manera como la llamaba, "señorita Lilia", pero esto era lo que ella quería de la mujer hasta que Jennifer fuera responsable. Había trabajado para Lilia durante los últimos siete años, desde que Jennifer y Lilia se habían trasladado de vuelta a la ciudad desde Connetica, después de divorciarse de Jonathan.

—Iré a verla —dijo Lilia.

—¡Oh!, señorita Lilia...

—¿Sí?

—Odio tener que decirle esto un minuto después de llegar a casa —dijo la señora Hensen—, pero esa enfermera, Joann Ramsey, llamó. No se encuentra bien. Me pidió que le contara que lo sentía pero que no sería capaz de quedarse con Jennifer esta noche.

—¡Oh, maldición! —dijo Lilia.

Joann Ramsey era estudiante de enfermería en el hospital de Nueva York. Vivía solo a dos bloques y era la que cuidaba regularmente a Jennifer siempre que Lilia quería salir.

—Bien —suspiró Lilia—. Tendré que intentar hacer otros arreglos. Usted puede marchar ahora.

Nada le gustaría más que la señora Hensen se quedara con Jennifer esa noche pero el ama de llaves tenía una regla firme: nunca trabajaría de noche porque tenía a su propia madre de edad avanzada que cuidar.

Lilia cruzó el apartamento hasta el lugar donde Jennifer tenía su habitación y cuarto de baño propio. La puerta estaba cerrada y ella golpeó y esperó a que Jennifer contestara, antes de entrar.

La habitación era toda de volantes rosas y de objetos de marfil. De ese color eran las cortinas, telas, cortinones, sábanas y el edredón de la cama, el color de los muebles y de la alfombra. Una colección de muñecas llenaba una estantería a un lado de la habitación, varios muñecos de Snoopy estaban entre ellas. Los discos de Jennifer estaban amontonados de un modo ordenado debajo de su tocadiscos estéreo. La habitación estaba colocada y ordenada y más bien parecía el escaparate de una tienda de muebles que la habitación de una niña, una excesiva pulcritud que Lilia sospechaba que era resultado de la disciplina impuesta por la señora Hensen.

Jennifer estaba tumbada en la cama sobre el estómago con un libro abierto delante de ella. Miró hacia arriba y pestañeó sus ojos un par de veces.

—Hola, Lilia. —Desde el momento que Jennifer había aprendido a hablar, siempre había llamado a sus padres por sus nombres propios.

—Hola, cariño —Lilia se inclinó y la besó en la mejilla—. ¿Cómo está mi niña?

—¡Oh!, Lilia —dijo Jennifer, agitando su cabeza de lado a lado—, por favor no me llames así. Me lo prometiste. ¿Recuerdas?

Lilia comprendió que algunas veces olvidaba que su niña ya tenía nueve años y físicamente era casi una réplica en miniatura de ella misma excepto que el pelo de su hija era más oscuro. Arregló y peinó algún mechón del negro pelo de Jennifer que le caía por la cara y dijo dulcemente:

—Tienes razón. Tienes toda la razón, jovencita. ¿Cómo te fue el día?

—Bien, después de la clase de ballet esta mañana, Susana Gilhart vino a casa conmigo, estuvimos escuchando discos y haciendo tonterías.

Lilia se rió.

—Te gusta Susana, ¿verdad?

Jennifer se arrascó el cuello.

—Bien, ella es buena. Lo sé. Pero no es mi mejor amiga ni mucho menos.

Lilia miró la estantería de las muñecas, cogió una y se sentó de nuevo.

—La señora Hensen me dijo que tuviste una llamada telefónica.

Jennifer volvió la vista hacia el libro abierto y dijo:

—De Jonathan.

—¿Qué tenía que decirte?

—¡Oh!... —Jennifer se encogió de hombros—. Exactamente que él se preguntaba si no me importaría que no pasara este fin de semana con él.

—Y, ¿qué le dijiste?

—Le dije que estaba bien —Jennifer miró hacia arriba—. Dijo que iba a ir a Newport y que yo podía ir con él si quería. Si no me importaba estar con el abuelo y la abuela Beddoes; él iba a estar con el equipo todo el fin de semana.

—¿Y no quisiste ir? —le preguntó Lilia.

Jennifer movió su cabeza vigorosamente.

—Sería *aburrido*.

Lilia miró a su hija durante un momento antes de decir:

—Puede que tú y yo vayamos a Hamptons este fin de semana. ¿Te gustaría?

Jennifer se encogió de nuevo.

—No me importa, si quieres vamos. —Miró el libro y después a Lilia.

—¿Te dijo la señora Hensen que Joann no puede venir esta noche?

—Sí, me lo dijo —respondió Lilia.

—Entonces podría ir y quedarme con Susana mientras tú estás fuera. Incluso podría quedarme a dormir allí si tú vas a llegar tarde. Puede ser, por favor. —Jennifer estaba ahora sentada con las piernas cruzadas, encima de la cama.

—No sé —dijo Lilia—. Tengo que hablar con su madre primero. Es una idea.